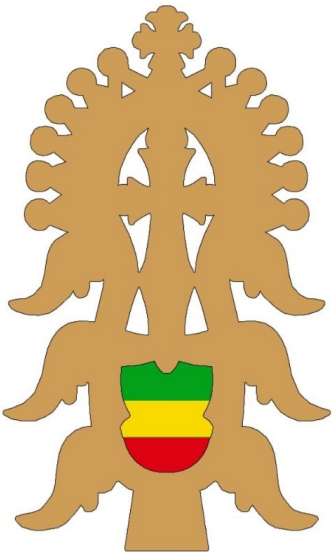




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Eighth Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Hebrew 9:11; 1 Pet. 4: 1- 12; Acts 28: 11 -22

Psalms 8:2;

John 5:11

The Anaphora of Saint Gregory

«¡Hosanna!»

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados hermanos y hermanas en Cristo, hoy las Sagradas Escrituras nos conducen a contemplar el misterio de nuestro Señor Jesucristo como el Rey humilde, el verdadero Sumo Sacerdote y el Salvador proclamado con el clamor de ¡Hosanna! El apóstol San Pablo nos enseña que «Cristo, viniendo como Sumo Sacerdote de los bienes venideros», no entró en un santuario hecho por manos humanas, sino en el tabernáculo más grande y perfecto, ofreciendo no la sangre de animales, sino a Sí mismo por la vida del mundo. Esta verdad ilumina la entrada de Cristo en Jerusalén: no es un mero hecho histórico, sino la revelación del propósito salvador de Dios, realizado mediante la humildad, la obediencia y el amor sacrificial.

Cuando nuestro Señor se acercó a Jerusalén, primero llegó a Betfagé, un poblado cuyo nombre significa «casa de higos verdes», símbolo de un pueblo aún no maduro, aguardando el cumplimiento. Desde allí envió a sus discípulos a traer un pollino atado, prefigurando tanto el encuentro como la respuesta de sus dueños. Cuando fueran preguntados, debían decir: «El Señor lo necesita», y de inmediato lo que estaba atado fue liberado. Aquí vemos la autoridad serena de Cristo, que no se impone, sino llama, y cuyo señorío trae libertad en lugar de coerción. Todo esto ocurrió para que se cumplieran las palabras del profeta Zacarías: «He aquí, tu Rey viene a ti, manso y montado sobre un asnillo».

El Señor de señores y de los espíritus entró así, montado sobre el potro de una asna. Esta elección no es casual. A los ojos del mundo, el asno era un animal despreciado, asociado al trabajo y a la humildad. Sin embargo, Cristo lo eligió deliberadamente, revelando la verdadera naturaleza de Su reinado. Él no vino como guerrero montado en un caballo, sino como el Príncipe de la Paz. El profeta Isaías lo había anunciado como despreciado y rechazado, sin apariencia externa que atrajera a los hombres. Y el Señor mismo dijo: «Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón». Pero la humildad no es debilidad. Cuando Jehú fue proclamado rey (2 Reyes 9:13), el pueblo tendió sus mantos bajo sus pies; así ahora la multitud extendió mantos y ramas de palma en el camino ante Cristo. Las palmas anunciaban la victoria, no sobre enemigos terrenales, sino sobre el pecado y la muerte. Lo que antes era despreciado se convierte en portador de la gloria divina, así como la humanidad caída es elevada por la Encarnación.

Cuando Jesús entró en Jerusalén, el pueblo clamaba a gran voz: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» La palabra Hosanna proviene de la súplica del salmista: «¡Sálvanos ahora, Señor!» Es un grito de urgencia y esperanza, una oración para que la salvación de Dios se haga presente. Muchos que pronunciaban estas palabras deseaban ser liberados del dominio romano, pero Cristo vino a salvar a la humanidad de un cautiverio más profundo: la tiranía del pecado y el poder de la muerte eterna. Así, Hosanna no es solo un anhelo político, sino un grito espiritual que resuena en la vida de la Iglesia cada vez que invoca a su Señor por misericordia y liberación.

Al llamarlo Hijo de David, el pueblo daba testimonio —consciente o inconscientemente— de Su identidad mesiánica. En todo el Evangelio, este título es una confesión de fe: los ciegos claman al Hijo de David por misericordia, y las multitudes se preguntan si Él es realmente el Prometido. También proclamaron: «¡Bendito el reino de nuestro padre David!», recordando el pacto hecho por Dios con David, según el cual su trono permanecería para siempre. En los días de Samuel, el pueblo rechazó a Dios como Rey directo y pidió un monarca como los pueblos. A pesar de la advertencia, les fue dado Saúl, encontrado cuidando de los asnos —un signo de un liderazgo moldeado por el deseo humano y no por la voluntad divina. Cuando Saúl fue rechazado, Dios levantó a David, y el trono de David se convirtió en el signo visible del Reino de Dios. A David se le prometió una descendencia de la cual surgiría un Rey eterno. Esta promesa fue anunciada por el santo arcángel Gabriel a la Virgen María: Su Hijo reinaría sobre la casa de Jacob por los siglos, y Su reino no tendría fin. Esta promesa se cumple no en el poder terrenal, sino en Cristo, que reina desde la Cruz.

Cuando Jesús entró en el Templo, los niños continuaron clamando «Hosanna», y los sumos sacerdotes se turbaban, exigiendo que los hiciera callar. Pero el Señor respondió con las palabras del Salmo: «De la boca de los niños y de los que maman has perfeccionado la alabanza». Aquí aprendemos que Dios perfecciona Su alabanza mediante la humildad y la pureza, y que lo que los sabios rechazan en su orgullo, los sencillos lo proclaman con claridad. La alabanza de los niños revela la ceguera de los corazones endurecidos y manifiesta el poder de la fe inocente.

Sabemos, sin embargo, que la misma ciudad que lo recibió con palmas pronto clamará por Su crucifixión. San Pedro nos recuerda que Cristo sufrió por nosotros en la carne, dejándonos un ejemplo. El camino de la salvación pasa por el sufrimiento, la perseverancia y la obediencia. San Pablo, llegando a Roma encadenado, continuó proclamando el Reino de Dios, mostrándonos que ni el rechazo ni la aflicción pueden silenciar la verdad del Evangelio. Este es el camino de Cristo y el camino de Su Iglesia.

Amados fieles, de este santo misterio aprendemos que el Reino de Dios no se funda en el orgullo, la fuerza o la gloria terrena, sino en la humildad, la fe y el amor que se entrega. Clamar Hosanna significa pedir a Cristo que nos salve ahora —de nuestros pecados, de nuestros miedos y de la muerte que nos separa de Dios. Recibamos, pues, a nuestro Rey no solo con palabras, sino con una vida transformada por el arrepentimiento y la obediencia. Depositemos ante Él las vestiduras del orgullo y del egoísmo, y sigámosle en humildad, para que también participemos de Su resurrección y de Su reino eterno.

A Él sea la gloria, el honor y la adoración, ahora y por los siglos de los siglos.

¡Gloria a Dios Todopoderoso!

Amén.